

TRANSICIÓN DEL MUNDO ANTIGUO AL MEDIEVAL

(s. V–VIII)

1. Las migraciones germánicas y la constitución de los primeros estados bárbaros

Las **primeras confrontaciones** entre germanos y romanos ya se dieron antes de la crisis romana del s.III. La ocupación de las Galias por **César**, por ejemplo, puso en contacto a los romanos con los suevos, que fueron rechazados. Aunque también se dieron sonadas derrotas, como la de **Varo** en el bosque de Teutoburgo, por lo que desde finales del siglo I se prefirió o bien la penetración pacífica o bien la defensa estática del imperio, lo que supondrá la penetración del elemento germano en las filas del ejército romano y la colonización de algunos sectores fronterizos. Sin embargo, ante las graves **guerras civiles** del s.III, las fronteras desguarnecidas se volvieron demasiado vulnerables, de manera que al hostigamiento de los persas se le uniría la incursión de los godos (Danubio) y los franco-alamanos (en Occidente).

La aparición de los hunos alrededor del s.IV en la llanura rusa provocó fuertes presiones sobre los pueblos germánicos que, más que grandes invasiones, lograrían penetrar en el Imperio muchas veces de acuerdo y en nombre de las autoridades romanas. No obstante, es a lo largo de este siglo donde se acelera la caída del Imperio en Occidente. Los **visigodos** penetraron primero en Oriente hasta aplastar a las legiones romanas en Adrianópolis, lo que les permitió, a lo largo de 30 años, esparcirse por los Balkanes y llegar, tan sólo cuatro años después de la entrada masiva de **suevos, vándalos y alanos** a través del Rin y que terminarían asentándose en la Península Ibérica, frente a la capital del Imperio en Occidente. Al mando de **Alarico**, Roma fue ferozmente saqueada, pero, tras comprometerse con los romanos, se asentaron al sur de la Galia hasta terminar ocupando la península. Estos acontecimientos coincidirían a su vez con el asalto de **anglos, jutos y sajones** en las islas británicas, y precederían a la instalación pacífica de los **burgundios** en la cuenca del Ródano. Sin embargo, y a pesar del carácter aparentemente anárquico de estas invasiones, entre el 450 y el 451, una **coalición militar** entre romanos, francos, visigodos y burgundios tuvo que enfrentarse a la más terrible prueba de fuerza a la que se vio sometida el Imperio en Occidente: los **hunos**. **Atila** fue finalmente detenido en los Campos Cataláunicos, primero, y en Italia, después. Durante los 25 años siguientes, el poder imperial en el Occidente no sería más que una ficción. De ahí que, en el 476, con el destronamiento a manos de los **hérulos** de **Odoacro** del último emperador del Occidente, **Rómulo Augústulo**, no se produzca ninguna catástrofe.

Se conformará así un Occidente en el que cabría distinguir dos categorías de Estados germánicos: aquellos que fueron absorbidos o derrotados (suevos, burgundios, vándalos, ostrogodos...), y los que sobrevivieron. Los **anglos** y **sajones** se asentaron en un territorio de débil romanización, repartiéndose en distintos reinos conocidos como la heptarquía anglosajona. El muro de Adriano supone su frontera septentrional. Los **francos**, por su parte, bajo el mando de **Clodoveo** vencieron a todos los poderes asentados desde el Canal de la Mancha hasta los Pirineos. No obstante, **Clodoveo** fue incapaz de organizar un Estado firme, lo que resultaría en futuras disgregaciones y luchas

territoriales internas. Los **visigodos**, al ser expulsados del sur de la Galia por los francos, desplazaron su centro político hacia la Península Ibérica, absorbiendo a los suevos y expulsando a los vándalos hacia el norte de África. En un principio su objetivo principal fue conseguir la unidad de la península tanto religiosamente (**Recaredo** se convertiría al catolicismo) como territorialmente, pero desde mediados del **s.VII** los soberanos tratarán inútilmente de neutralizar la fuerza de una nobleza cada vez más sólida y tendente a la lucha a muerte entre distintos linajes; lo que dejaría el terreno abonado para la invasión islámica.

En general, las migraciones no supusieron más allá de un 5% de la población del Imperio. Para tratar de compensar esta **debilidad demográfica** trataron de evitar los matrimonios mixtos y se aferraron a ciertas legislaciones tendentes a mantener la diferencia de trato entre romanos y germanos. Pero el esfuerzo será inútil. Los procedimientos de **asentamiento**, por otra parte, variarán desde el despojo de los propietarios romanos, hasta el acuerdo de reparto de tierras. Aunque, con el tiempo, los germanos acantonados en la *pars occidentalis* del Imperio serían los definitivos beneficiarios la estructura tributaria y territorial. La tierra se convierte en la principal fuente de riqueza, siendo la villa la gran unidad económica y explotada con mano de obra servil. Las **actividades mercantiles** quedan relegadas a la parte oriental del Imperio.

En definitiva, a pesar de las distintas veleidades dignificadoras de signo romano, la noción de *res pública*, como organismo del bien público, sufre a manos de los germanos un deterioro decisivo. Frente a ella se alza la noción de **reino**. La conjunción de las nociones políticas bajo-romanas y germánicas en los Estados bárbaros habrían de provocar el colapsamiento de la vieja noción romanista de **ciudadanía**. Se generará, al fin y al cabo, el esbozo de lo que será la futura sociedad feudal.

2. La era de Justiniano

Con el destronamiento en el **476** de **Rómulo Augústulo**, el último emperador de Roma, en el Oeste los germanos rompen el viejo principio de unidad, mientras en Oriente las provincias del Imperio logran mantener la cohesión en torno a un único emperador. Esto provoca una rápida basculación de los centros de las grandes decisiones políticas hacia la capital de Oriente, **Constantinopla**, fundada en el **324**. A diferencia de Occidente, los emperadores orientales consiguieron mantener un equilibrio entre los grupos germanistas y romanistas de la corte; y amparados en su más favorable posición, llegaron a ejercer su autoridad en todo el ámbito mediterráneo. Si bien los pueblos bárbaros no llegaron a poner en peligro al Imperio romano en Oriente, las distintas querellas religiosas (nestorianismo y monofisismo) sí amenazaron desde un principio su estabilidad interna.

El **siglo VI**, el **siglo de Justiniano**, supone hablar de unos años de esplendor cultural para la cuenca oriental del Mediterráneo, pero también del gigantesco fracaso en los intentos de la restauración de la perdida unidad política del viejo Imperio romano. La obra de **Justiniano** respondería así a dos principios: el **romanismo** como principio de restauración política; y el **crístianismo**, impuesto como dogma de fe y auténtico elemento aglutinante del Imperio. Frente a la amplia **reforma administrativa**, cuyos frutos fueron mucho más limitados de lo que el emperador pretendió, la **labor legislativa** ha sido, sin duda, el aporte más positivo y durable de la labor justinianeana. El **Corpus juris**

civilis, entre otras cosas, recoge cuatro siglos de constituciones imperiales, y recopila las obras de los principales juristas. La **política religiosa**, por otro lado, vino condicionada por el carácter romanista que Justiniano trató de inculcar a su Imperio, siendo sintomático, por ejemplo, el cierre de la Escuela de Atenas (529), uno de los últimos reductos del paganismo. No obstante, **Justiniano** fue incapaz de adoptar una política lo bastante coherente que definiese la postura del Imperio frente a las diversas tendencias religiosas. En el campo del **arte** y la **economía**, el Imperio de Justiniano mantuvo una destacada posición: las iglesias de Ravena constituyen la mejor síntesis de elementos (romanos, griegos, orientales y cristianos) que contribuyeron a la forja de la civilización bizantina; por otro lado, aunque las actividades mercantiles se mantuvieron a un notable nivel, el Imperio fue esencialmente agrícola. Como en occidente, la tierra era la principal fuente de riqueza y la gran propiedad tuvo un gran peso.

Si se califica de *romano* este periodo del *Siglo de Justiniano* es, en gran medida, por el intento de reconstrucción de la **unidad** del mundo mediterráneo. En principio, esta empresa contaba con el favor de ciertas poblaciones romanas ortodoxas, pero, a la larga, hubo de constituir un rotundo fracaso. En el **Norte de África** el reino vándalo desapareció en una sola batalla, pero debido a las dificultades, Constantinopla no llegaría a dominar de forma efectiva más que algunos puntos de la costa. Tras la primera victoria contra el reino ostrogodo de **Italia**, **Belisario** sería finalmente derrotado y Constantinopla tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver a conquistarla. Con el tiempo, la destrucción de la monarquía ostrogoda se dibuja como un gran error, pues los bizantinos jamás llegaron a verse como unos libertadores ni pudieron defender Italia, posteriormente, de los lombardos. El Imperio también logró ocupar parte del litoral mediterráneo **español**, sin embargo, tres cuartas partes de la Península Ibérica escaparon a sus manos. En definitiva, el balance de la *reconquista* mediterránea fue sumamente pobre: lamentable situación económica de las zonas ocupadas y autoridades bizantinas impopulares que habrían sufrido un duro desgaste militar.

3. La Iglesia como heredera del Imperio en Occidente

En Occidente, la Iglesia católica va a convertirse en el elemento de unidad de un mundo atomizado políticamente. Todo parece indicar, pues, que el pensamiento cristiano trató de llegar en esta área a un compromiso con la **cultura antigua**, aunque, a su vez, la cultura pagana constituyera el verdadero rival de los cristianos en el mundo mediterráneo.

La **primera etapa** de esta pugna sería de abierta *hostilidad*. Frente a las figuras paganas más remarcables (**Celso**, **Porfirio**, o **Juliano** el Apóstata) se levantaron, del lado cristiano, los apologetas (**Justino**, **Tertuliano**, etc.). Y entre estos autores se fueron perfilando dos ideas, la idea de constituir el segundo Israel, y la de considerar al cristianismo como una religión moral, una auténtica filosofía; lo que se considera una muestra de su *helenización*. La **segunda etapa** se podría definir como de *compromiso, ajuste y reconciliación*. Al fin y al cabo, un sector de cristianos consideró al propio Imperio como instrumento válido para la más fácil difusión de la doctrina. Y, además, los autores cristianos eran personas que habían forjado su acervo cultural en el estudio de las grandes figuras del paganismo. La figura más destacada es **San Agustín (354)**, pues es el verdadero ensamblaje cultural y social con el Medievo. Su *De Civitate Dei* puede ser considerado como la primera filosofía de la historia del Cristianismo. La **tercera etapa** es en la que la Iglesia se hace *receptora* y

conservadora de una cultura clásica en trance de desaparecer, y cuyos protagonistas han quedado bajo el denominador del *prerrenacimiento*. Ellos hicieron posible más tarde el *renacimiento* carolingio, y destacan **Boecio** y **San Gregorio Magno**, entre otros.

En paralelo a estos acontecimientos, surge el **movimiento monacal** que, desde un punto de vista **sociológico**, responde a unos deseos de perfeccionamiento que llevan a una comunidad a organizarse en *secta*, guiada por un fundador. Frente a ella se encuentra la *Iglesia*, reino de la estabilidad y del conservadurismo, con una tendencia a la unidad y a la universalidad, es decir, con unas exigencias morales mucho más suavizadas. Sin embargo, a pesar de que las órdenes monásticas protagonizaron cierto pluralismo religioso, ello no fue obstáculo para la unidad que la Iglesia trató de imprimir. El monacato, tanto en su versión eremítica como cenobítica, nace en **Oriente** y destaca **San Basilio**, cuya regla informará a todo el monacato oriental bajo los principios de la castidad, obediencia, pobreza, meditación y trabajo. El monacato no benedictino en el **Occidente** fue, en cierta medida, originado por la proyección de éste. No obstante, de la vida de **San Benito** apenas conocemos más que su Regla: los monjes eligen al abad, al que deben una obediencia total. La vida del monje es sumamente sencilla y la jornada se divide entre el oficio divino, la lectura y el trabajo manual. A su muerte, su regla estaba aún muy lejos de arraigar y cuya universalización (**benedictinismo**) ha tenido en **San Gregorio Magno** uno de sus principales artífices.

La idea de los **obispos** como cabezas de las distintas comunidades en la primitiva Iglesia se recoge en los *Hechos de los Apóstoles*. Y el establecimiento de un **primado** de jurisdicción sobre todos ellos, en la figura del titular de la sede romana, se fue imponiendo lentamente en la Europa occidental y chocó con fuertes obstáculos en el mundo bizantino. Al calor de las dificultades y del desprestigio de los emperadores del Occidente, los obispos romanos siguieron ganando terreno hasta lograr la indiscutibilidad de su superioridad jerárquica en el Oeste, consolidando a **Roma** como ciudad apostólica comparable a Constantinopla o Jerusalén. **San Gregorio Magno**, considerado el fundador del poder temporal de la Iglesia, inaugura la era del **Pontificado** propiamente medieval y que, formado en los ambientes del benedictinismo, sabrá dar al monacato occidental romano el impulso misionero que hasta entonces le había faltado. En definitiva, el Pontificado romano fue el verdadero rector de la vida política de una Roma abandonada a su suerte por los poderes tradicionales.

4. Mahoma y la expansión del Islam

Incorporado el Próximo Oriente a la órbita política de Roma, los contactos con el mundo árabe se reforzaron. Y cuando el Imperio desapareció en Occidente, Arabia se convirtió en campo de distintas influencias y presiones a manos de etíopes o persas. Esto también potenció otro tipo de **contactos**, como el intercambio mercantil o el establecimiento de colonias de judíos y cristianos en algunos centros de población. Esto contribuiría a crear nuevas **inquietudes religiosas** en un ambiente religioso influido, por una parte, por un politeísmo de dioses independientes, y por un monoteísmo subyacente de la primitiva religión árabe que concibió la idea de una divinidad suprema, Al-Ilah. **Mahoma (570)** sería, pues, más reformador que fundador de una nueva religión. Sus primeras predicaciones tuvieron escaso eco, por lo que **Mahoma** marchó hacia Yatrib (*la Hégira*), donde pronto el Islam empezaría a tomar los perfiles de una nueva religión. Las relaciones con el judaísmo fueron rotas al ordenarse que la oración se hiciese mirando a La Meca y no a Jerusalén. Por último,

Mahoma y sus seguidores acabarían tomando la ofensiva contra la oligarquía de **La Meca**, retornando victorioso. Dos años después se producía su muerte. Su doctrina quedó recogida en el **Corán**, cuya redacción definitiva se llevaría a cabo veinte años después.

Tras la muerte de **Mahoma**, le sucedió **Abu Bekr**, designado con el título de *diputado del profeta* o califa. Y tras él, llegaría el nuevo califa **Omar** que lanzaría a los árabes a un movimiento expansivo con un doble frente. Contra el **Imperio persa** se logró la ocupación de Mesopotamia y, más tarde, la de la Meseta del Irán. Contra el **Imperio Bizantino** se ocuparía Egipto, Damasco y, finalmente, Jerusalén. La rapidez y amplitud de estas conquistas podrían explicarse a través de la tolerancia religiosa; a través, también, del *Jihad* o guerra santa, como un instrumento de cohesión; y, sobre todo, por la debilidad de los poderes políticos contra los que los islamitas se enfrentaron. No obstante, desde la muerte de **Omar** transcurrirían casi 50 años en los cuales la expansión islámica sufre un frenazo y se desencadenarían guerras civiles que, tras la muerte de los principales contendientes, dejaría el campo libre a los **Omeyyas**. Bajo **Abd-el Malik**, la unidad del mundo islámico quedó restablecida. Se tomaron importantes centros de las rutas de caravanas del **Asia central**, y en **África del Norte**, la resistencia bizantina fue poco consistente. Bajo su *sucesor*, los bereberes islamizados derrotarían a los visigodos y ocuparían la **Península Ibérica**, llegando al momento culminante de la expansión islámica; y que vería su límite en **Oriente**, frente a los muros de Constantinopla; y en **Occidente**, frente a Carlos Martel. Aun con todo, los **Omeyyas** se habían convertido en los beneficiarios de un inmenso botín territorial, con capital en Damasco.

Sin embargo, en el **750**, una rebelión generalizada en el Jorasan concluyó con la derrota del monarca omeya, desapareciendo con él su dinastía y ascendiendo al poder, en su lugar, **Abul Abbas**. Será la llamada *revolución abbasí*. Lo que supuso esta revolución fue una profunda **transformación política**, en la que el favor del califa, y no la procedencia del linaje, constituye el único medio de acceder a los cargos del enorme aparato administrativo en el que las funciones se agrupan en *diwan*es o departamentos ministeriales, al frente de los cuales se encuentra el visir o primer ministro. Las **fuerzas militares** derivaron bajo los abbásidas hacia la formación de un ejército profesional, constituido principalmente por tropas de las marcas orientales, preferentemente turcas. Pero toda esta articulación administrativa exigía una **economía saneada**. Se propició un fuerte impulso a la agricultura que será la principal fuente de riqueza y que tenderá, con el tiempo, a la concentración de la propiedad; lo que sería motivo de futuras rebeliones. Sin embargo, las actividades comerciales también fueron muy relevantes. Los mercaderes musulmanes entraron en contacto con China, India, países escandinavos, sin desdeñar el comercio interno a través del Mediterráneo. En definitiva, el esplendor del Califato de Bagdad alcanzó su cenit en los primeros años del **siglo IX** y que vio su primer síntoma de decadencia tras la muerte de **Harun al-Rashid**.

5. El repliegue bizantino

Tras la muerte de **Justiniano** los reinados de sus sucesores conocen retrocesos en todos los frentes. En **África del Norte**, en donde su dominación apenas se extendió más allá de algunos puntos costeros; en la **Península Ibérica**; y en **Italia**, donde, por mano de los lombardos, los orientales quedaron relegados a puntos menores. En **Oriente**, a pesar del balance positivo de **Heraclio** en su lucha contra los persas, sus fronteras se verían ferozmente reducidas con la violenta irrupción de los

árabes, contra los que perdió, además, Egipto. Con los Omeyas sufrirían serias derrotas en el Asia Menor, y perderían todo el África bizantina. Pero el **sitio a Constantinopla** marcaría el freno del repliegue bizantino, a partir del cual empezaría el apuntalamiento militar en un Asia Menor a la que se va limpiando de invasores musulmanes.

Desde **Heraclio**, el Imperio de Oriente se verá marcado por una evidente **helenización**, pues puede decirse que desde estos momentos el Imperio es griego. El griego triunfa en la lengua y en la administración, pasando el monarca a llamarse *Basileus*, en vez de *Imperator*. También se verá marcado por **la eslavización**, pues estos pueblos se instalarán primero junto a las fronteras balcánicas, y terminarán por profundizar mediante incursiones. En ocasiones serán empleados como auxiliares contra los musulmanes. El Imperio, en definitiva, gana cohesión, a pesar de las pérdidas territoriales. Desde el punto de vista **administrativo**, los nuevos peligros exteriores trajeron una reordenación del territorio a base de unidades provinciales (*temas*) con funciones a la vez militares y políticas; además de la introducción de compensaciones para facilitar el reclutamiento militar y satisfacer así las nuevas necesidades bélicas. **Constantinopla**, por su parte, era el centro de toda vida política de la autocracia imperial, en la que no cabe hablar de nobleza de sangre, sino de funcionarios (*logoteta, eparca, cuestor*, etc.). Además, seguía siendo el paso obligado de buena parte del tráfico mercantil entre Asia y Europa, por lo que, pese a la contracción territorial, Bizancio mantendría importantes **recursos económicos**.

Sin embargo, las **tensiones internas** del Imperio bizantino a menudo fueron protagonizadas por las distintas doctrinas religiosas. A pesar de que las querellas cristológicas tocan a su fin con la condena acordada del monotelismo, otra nueva disputa irrumpe: la pugna en torno al culto a las imágenes. Hasta dos veces, emperatrices distintas tuvieron que reafirmar la iconodulía en el Imperio, así como a otros símbolos materiales (Cruz o los Evangelios). Los **factores religiosos** del fenómeno *iconoclasta* se explican describiendo a sus defensores como gente profundamente religiosa que aspiró a desbrozar el Cristianismo de una serie de excesos rayanos en la idolatría. Los *iconódulos*, por su parte, mantenían la idea de que la adoración no era a la materia sino al símbolo. Las imágenes eran como libros abiertos para el pueblo iletrado. Los **factores políticos** podrían resumirse en que la *iconoclastia* tuvo sus principales posiciones en el Asia Menor, y la *iconodulía* en Grecia y los Balkanes. Además, se considera que los momentos de mayor furia *iconoclasta* coincidieron con los años en que el Imperio bizantino se mantenía a la defensiva frente a los árabes, como una aproximación doctrinal hacia ellos, mientras que la *iconodulía* triunfó con los inicios de la contraofensiva bizantina. En los **factores económicos y sociales** encontramos que la querella de las imágenes enfrentó al *emperador* y el *clero secular* de un lado, y a los *monjes* de otro. La potencia económica del monacato oriental era extraordinaria y su hipertrofia suponía la substracción de mano de obra agrícola y de hombres para el ejército. Al golpear las imágenes, los soberanos *iconoclastas* trataban de privar a los monjes de uno de sus instrumentos de influencia favoritos sobre las masas. Aunque la querella de las imágenes terminó con el fracaso *iconoclasta*, no se consiguió que se desvaneciesen los recelos del poder político ante el progresivo enriquecimiento de los monjes.